



Los que llevan la delantera

*Marcos Rodríguez**

El distante ruido del cristal roto lo trajo de vuelta.

— ¿Estás bien, amor? —le preguntó la stripper que hacía un par de segundos bailaba sensualmente para él.

La miró, detalló sus pechos aún cubiertos. Le sonrió y asintió. Ella le acarició el rostro. Era un cliente antiguo y se habían hecho amigos con el paso del tiempo, por lo que se habían tomado algún cariño mutuo.

Miró al suelo y vio los pedazos del vaso de whisky que había dejado caer.

— Lo siento —dijo, frotándose la cara con las palmas de las manos.

— No te preocupes —le dijo ella—. Ya aviso para que vengan a recogerlo. ¿Seguro que estás bien?

Él la miró a los ojos y, con una sonrisa triste, asintió.

Ella salió del cubículo. Antes, verla caminar, contoneándose, lo llenaba de placer, de felicidad. Pero ahora, sólo sentía una opresión siniestra en el pecho y la luz sensualísima que siempre le había parecido que ella emitía, parecía opaca.

Ahogó un sollozo.

— Perdón, perdón —entró diciendo una señora de la limpieza. Con escoba y recogedor amontonó los pedazos de vidrio. Luego, con un trapo, limpió y desinfectó el suelo.

— ¿Quieres seguir? —le preguntó ella, acariciándole el cabello.

Él intentó decirle que sí, pero al mirarla, sintió cómo se le torcía el gesto como si estuviera a punto de llorar.

Negó con la cabeza.

— ¿Quieres otro whisky?

Él asintió y ella salió del cubículo para traérselo. Esta vez él no la miró,

* *Abogado y psicólogo. Máster en derecho privado económico y en psicoterapia. Docente, psicoterapeuta.*

se quedó pensando, tratando de escapar de la ominosa sensación que lo embargaba.



— Ten —le dijo ella, cuando regresó. Él se tomó el trago de un sorbo.

— ¿Quieres ir a otro lugar? —le preguntó él.

La pequeña sonrisa que tenía se borró en el rostro de ella.

—¿Tan triste estás? —le preguntó ella.

—No sé si triste. No sé qué me pasa, pero podríamos hablar un rato.

—Todavía no termino mi turno.

—Puedo pagar tu tiempo.

—Sabes que no es por eso. Es problemático con la dueña del sitio si me voy temprano. Además, creo que aún me falta un show en la tarima.

—Está bien, lo entiendo. No hay problema —dijo él haciendo el ademán para irse.

—No, no. Espera —le dijo ella, deteniéndolo con las manos extendidas—. Espérame, voy a ver qué puedo hacer. Si puedo adelantar el show o si puedo irme ya. Y salimos.

Él asintió, mirando al suelo. Ella logró adelantar su intervención. Él, desde el cubículo, a través de la cortina entreabierta, la veía bailar, pero no sentía nada, no sentía deseo, ni alegría, ni entusiasmo. Ni siquiera sentía tristeza. La opresión había dado lugar a una sensación de anestesia.

Serían las dos o tres de la mañana cuando salieron del club. Caminaron de gancho hasta el carro de él, esa noche, gracias al licor, condujo ella.

—¿Hace cuánto nos conocemos? —le preguntó ella.

—No sé, ¿unos cinco años?

—Sí, lo que llevo trabajando aquí. Cuéntame qué pasó, hoy estás irreconocible.

—Esa tarde estuve en una diligencia... tiene que ver con un remate por impuestos. Fuimos a desalojar una casa que se había rematado y tiene que entregarse a su nuevo dueño. Es una casa grande, de las antiguas, pero cuando se hizo el desalojo salieron varios ancianos. Eso me impactó. Igual, yo no puedo hacer nada, ni siquiera puedo detener la diligencia, pero esa imagen fue espantosa... sus ojos de tristeza, quizás de miedo.

—¿O sea que te sientes culpable?

—Tal vez un poco. Tal vez me da un poco de miedo si esto es una injusticia y, no sé, quizás Dios cobre venganza.

—¿Dios? Jamás imaginé que creyeras en Dios.

—¿Tú crees en Dios?

—Yo, sí. Voy a misa y todo.

—Pero... —comenzó él, pero se detuvo.

—Sí, sí. Ya sé. A lo que me dedico... No sabría qué decirte, yo... sólo creo. Tal vez no soy una buena persona por trabajar en lo que trabajo.

Él suspiró.

—Yo sí que debo ser una mala persona por trabajar en lo que trabajo.

—Eso sí. A los cobradores de impuestos los odia todo el mundo —dijo ella y soltó una carcajada.

—Gracias, eso me alivia mucho —respondió él, sarcásticamente.



Llegaron a un pequeño bar que aún estaba abierto. Habiendo aparcado, caminaron hasta el sitio y se sentaron para pedir algo de comer.

—Yo invito, por supuesto —dijo él.

—No faltaba más, señor publicano.

—¿Publicano? ¿Qué es eso?

—Veo que no vas a misa —Ella se rio.

—Cuando era niño me llevaban a la sinagoga. Es casi lo mismo, ¿no?

—Sinceramente, no lo sé. Creo que sí.
—dijo ella, luego de pensar por un momento.

—¡Ah, ya! Los publicanos, los funcionarios tributarios de Roma. Había olvidado por completo esa palabra.

Hubo un momento de silencio, él volvía a su sonrisa triste.

—Otra vez te hundiste. Hay que tener cuidado con los pensamientos.

—No puedo dejar de pensar en eso. O sea, no es tanto que me sienta culpable. Sí me siento culpable, pero creo que eso fue la gota que rebosó la copa, por decirlo así. Hace días estoy decaído, como si nada tuviera sentido, como si nada tuviera valor. Sí, lo de los ancianos fue raro, de hecho, no, no es culpa; es una especie de dolor, como si de pronto hubiera de nuevo algo que me importara, algo que me pudiera doler. Pero luego pienso, otra vez, que nada tiene sentido y ahí es donde me siento culpable, pero luego me siento como anestesiado. Hasta... he pensado en... bueno...

—Mira —lo interrumpió—, yo no tengo tu educación, pero he aprendido algunas cosas en la vida. Yo voy los domingos a la misa y hay un padrecito que es muy bueno explicando y nunca habla más de diez minutos. Eso es bueno porque si no me duermo. El padre habló un momento de una santa, por allá del año 1500 o algo así, que decía que la mente es la loca de la casa y que a la loca de la casa hay que dejarla que hable, pero no prestarle demasiada atención. Tal vez eso te sirva.




Él se quedó sopesando las palabras en silencio un momento.

—Gracias —dijo luego.

—Tal vez podrías venir a misa conmigo.

—O volver a la sinagoga.

—También. Yo podría ir contigo... si quieres.



Él la miró, analizando sus expresiones y sus rasgos. Bajó la mirada y añadió:

—Tal vez tienes razón, tal vez Dios no nos odia. Bueno, a ti, claramente no. Tal vez Dios no me odia.

—No creo que te odie. ¿Sabías que uno de los apóstoles de Jesús también trabajaba en impuestos?

—Algo he oído. Obviamente, no sé mucho de él, alguna vez le oí a mi papá decir que Yeshúa era como el primo del que era incómodo hablar —por primera vez en la noche, se rio animadamente.

—Bueno —dijo ella, sonriendo—, no sé si era ese apóstol u otro, me

confundo, pero hubo uno que era de impuestos y le dio un cuarto de su fortuna a los pobres o algo así. Podrías hacer lo mismo.

—*Ki jésed jafátsti...* —susurró él.

—¿Qué es eso?

—Misericordia quiero, una frase del profeta Oseas.

—Hazlo. Piensa en alguna forma de ayudar a otros. —Tomándole la mano, añadió: —yo no tengo fortuna, pero cuentas conmigo. —Y, con una sonrisa cariñosamente burlona, remató:

—Dice tu primo incómodo que así llevamos la delantera en el Reino de los Cielos.